

Acad. II  
Esp. 143

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

---

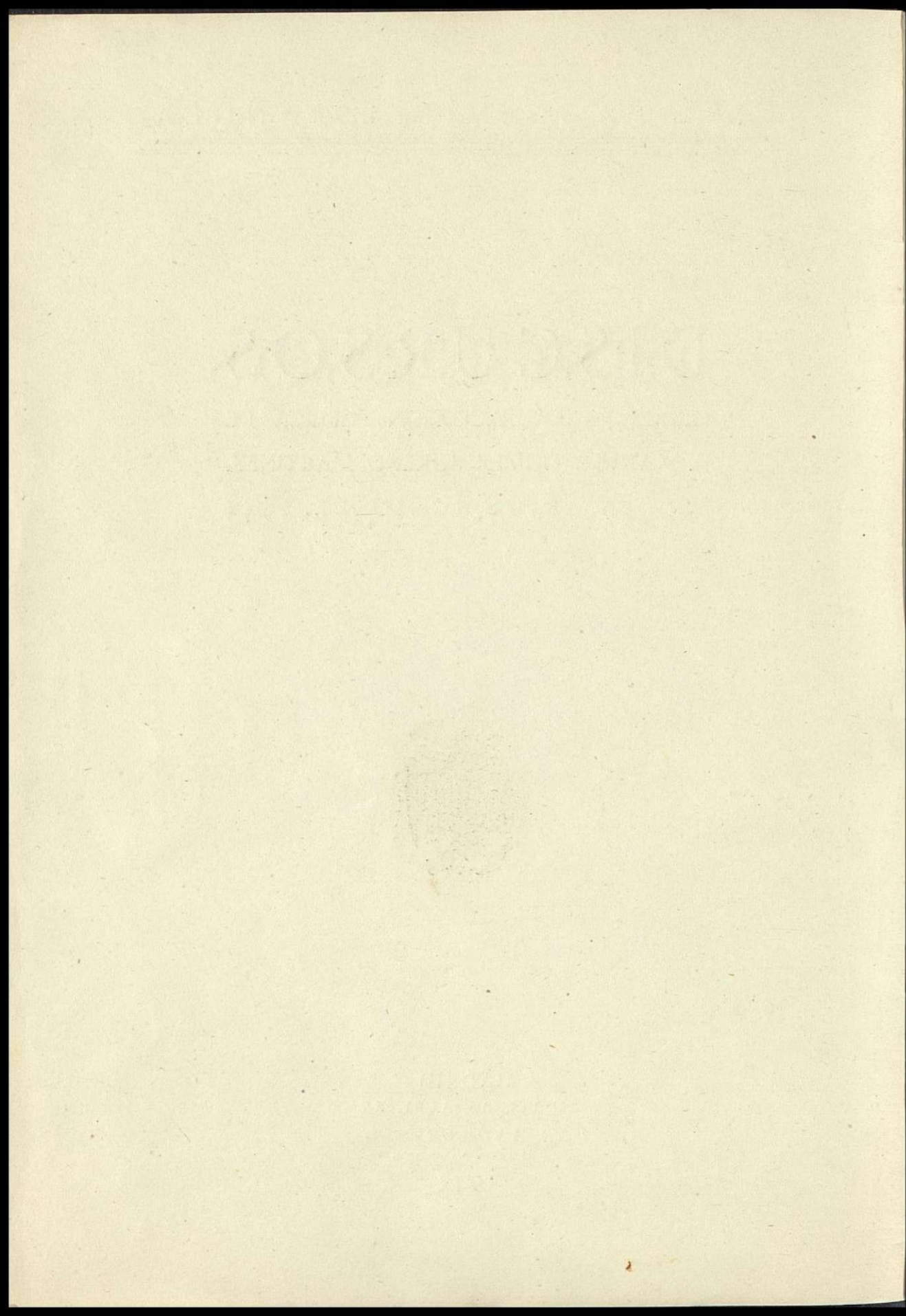
---

# DISCURSOS

LEIDOS EN LA RECEPCION PUBLICA DE  
D. MANUEL GOMEZ-MORENO MARTINEZ,  
EL DIA 28 DE JUNIO DE 1942



MADRID  
GRAFICAS ALPINAS  
PLAZA DE LOS MINISTERIOS, 4  
TELEFONO 17270  
1942





R41078

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

---

---

# DISCURSOS

LEIDOS EN LA RECEPCION PUBLICA DE  
D. MANUEL GOMEZ-MORENO MARTINEZ,  
EL DIA 28 DE JUNIO DE 1942



MADRID  
GRAFICAS ALPINAS  
PLAZA DE LOS MINISTERIOS, 4  
TELEFONO 17270  
1942

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

# DISCURSOS

LEIDOS EN LA RECEPCION PUBLICA DE  
D. MANUEL GOMEZ MORENO MARTINEZ  
EL DIA 28 DE JUNIO DE 1942



MADRID  
GRAFICAS ALFONSO  
PLAZA DE LOS MENTECOS  
TELÉFONO 1.707  
1942



LAS LENGUAS HISPÁNICAS

---

DISCURSO

DE

D. MANUEL GÓMEZ-MORENO

LAS LENGUAS HISPÁNICAS

DISCURSO

DE

D. MANUEL GÓMEZ MORENO



No sabría decir, señores, ni aprovecharía saberlo, si entro aquí por puerta grande o por chica; pero sé que me corresponde subir por la escalera de servicio a asociarme con los ilustres miembros de esta asamblea. A título de servicio profesional, a título de mis actividades en laboreos de poco brillo se me hace venir, y yo acepto el honor y ofrezco el servicio sin jactancias, que no caben en quien gradúa bien los valores sociales y sabe que no por codearnos todos se crece de talla.

El venir aquí me perturba. Siempre son molestas para mí las exhibiciones; pero además abruma el echarse cargas, que no por honrosas dejan de ser, a más de pesadas, de serio compromiso, y ello a mis años y bajo el apremio en que estoy de sacar de mí el mayor jugo posible antes que la cabeza se me vaya. ¡Y son tantos y tan gustosos los temas que quisiera desarrollar en plazo que puede ser tan breve! Pero, en fin, se hará lo que se pueda, y Dios sobre todo.

Ahora toca saludar a esta nobilísima Academia, rendirle mi gratitud y presentarle mi homenaje. Pero también cumple un tributo de comprensiva solidaridad para aquellos que ya se fueron, los que por ley de vida dejaron vacío el sitio donde uno ha de plantarse. Y esta condolencia es tanto más fuerte ahora por la enorme disparidad que resulta entre ido y venido, entre el Eminentísimo Cardenal Gomá y mi insignificante persona. De sus libros hasta sería ridículo el elogio en mis labios incompetentes; sus prendas morales y elevado espíritu están lo bastante fijos en nuestra conciencia para que sea necesario pregonarlos; todavía de su humanidad podría testificar algo por cuenta propia, pues merecí de él un caritativo apoyo, generoso, puesto que nada nos ligaba, valiente cuando se cerraban tantas bocas ante la injusticia. Y es más dolorosa la falta de tan gran hombre por el vacío que deja, por haberse troncado tan a destiempo y tan dolorosamente su vida, y por haberse malogrado su actividad en esta Academia, donde, abierta para él la puerta más grande, hubo que cerrarla sin que la franquease. Dios sabe lo mejor; pero es obligado, es de justicia llorar su pérdida, para la Iglesia y para esta patria española, tan hambrienta de quienes sepan alimentar su espíritu.

Y más allá del Cardenal Gomá queda en las tinieblas del no ser terrenal otra figura, la de su predecesor en la silla académica. Su elogio ya queda hecho aquí mismo en brillante alocución por el Sr. Pemán; yo no puedo seguirle sino a rastras, para confirmar los méritos de tan ilustre patricio como fué D. Ramiro de Maeztu, sellados con su sangre, ratificados por el odio marxista que le acarreó su patriotismo y que ennoblece el sacrificio, glorioso aunque tan criminal, de su vida.



Cuando las fuerzas imperantes de la Internacional pugnaban por borrar España, zaherir sus glorias y gloriarse con su ruina, levantó él la bandera de la hispanidad, no como espejuelo retórico para satisfacer ilusiones, sino con fuerza de hechos, con silogismos de razonable convicción, con calor español y confianza en los destinos de la patria, que no podía quedar muda ante el asalto de hijos descastados y criminales.

Maeztu no era un iluso, ciego ante la realidad y rutinario ante la historia; él, como pocos españoles, había vivido de cara al mundo, entre razas y pueblos cuya mentalidad y disciplinas le enseñaron a ver lo que hay de típico nuestro, nuestra fisonomía espiritual e histórica; de ahí la fuerza de sus argumentos y lo vibrante de sus convicciones. Él abrió senda a la exaltación de patriotismo que ha determinado al cabo el aplastamiento de la hidra marxista; él desafió los pesimismos de aquella generación que no veía sino el desenlace angustioso de culpas inveteradas, pero que no afectaban a nuestra entraña. Pudo así comunicarnos su fe en lo porvenir; este porvenir que ahora, ante un horizonte emborrascado, pero libre de miasmas, mirando a Dios y confiando en sus misericordias, esperamos tenga realidad digna del esfuerzo salvador glorioso, tan heroicamente mantenido.

Y vamos ahora con lo nuestro; a las esencias inconmovibles que constituyen el campo académico, flotando sobre el hoy como sobre el ayer con la serena tranquilidad de quien domina el tiempo; porque la ciencia no sabe sino de la verdad, que es eterna. Pero esta verdad tiene una gradación infinita de presentaciones, y a mi comprensión no se alcanza sino un átomo, una minucia, y esto es lo único que podré traer hoy a la vida académica como mero intérprete, a fin de salvar de ostentaciones ingratas mis pobres trapitos, que no merecen exhibirse en ocasión solemne.

Había yo reservado para este acto dar a conocer unas piezas de literatura amena, antiguas e inéditas; pero ante cierta voz que pudo darme el alto amablemente con un «zapatero, a tus zapatos», renunció a presentar unos escarpines pintureros, que les hubieran divertido, hecho disputar en grande y dejarme a mí descansado, sustituyéndolos por zapatarrones viejos, de muy difícil acomodo, en escaparate que alcanza modas de veinte siglos, y diez más por añadidura hasta nosotros, y de materiales bien extraños: plomo, piedra, roca viva, peña suelta, barro cocido, pizarra y pergamino: es decir, materia escripturaria, como se dice en el caló del oficio, de todas clases y con unos rasgueados nada fáciles de reducir a sustancia.

Entendámonos, sobre la base de que esta excelsa Academia, desde el momento en que estudia el historial de cada palabra castellana e inquiere su etimología, no puede considerar ajenas aquellas lenguas precursoras del romance, que constituyen su ascendencia y cuyo hispanismo les da derecho de primogenitura. En atención a ello, vamos a examinar unos cuantos documentos, representativos de las hablas propias, en cierto modo, y literarias de la España antigua. Vamos a tomar lenguas de iberos, tartesios, ligures, célticos, romanos, godos y mozárabes en escritos suyos, no andándonos por vericuetos de grafías



desaparecidas, ni recogiendo nombres a voleo, sino en textos legibles, cuya transcripción es mía en gran parte, pero cuyo esclarecimiento reservo a los maestros. Y eso intento: facilitar labor en campo de actividades bien lucido y fértil, con la modestia, por mi parte, de mero aprendiz incansable a que se reducen mis aptitudes. Vamos, pues, al grano.

Los iberos, primitivos pobladores de España, ¿quiénes eran, de dónde venían, qué conservamos suyo? Primeros tropezones de nuestra historia. De fijo nada sabemos acerca de ello; sólo un atisbo, a mi modo de ver: aquellas gentes no han dejado rastro fuera del área peninsular, que se prolonga hasta el Garona. Por allí, hacia acá, mantiénese un testimonio vivo de primitivismo: el habla vasca, cuyas características responden muy bien al tipo de nomenclatura geográfica y personal que a aquellas gentes se atribuye, y al aspecto externo de sus monumentos escritos, en un alfabeto cuya fijación aproximada creo que me corresponde; mas no pienso hacer uso de él ahora, sino presentar un texto en letra jónica y, por consiguiente, bien legible. Verdad es que el plomo de Alcoy, a que me refiero, pudo ser primeramente explicado, por eruditos loca-

~~ΕΡΚΗ~~·~~ΦΡ~~ΙΤΙ:ΓΑΡΦ·ΚΑΜ:ΔΑΔΥΛΛΑ:ΒΑΣΚ  
~~Ε~~ΣΤΙΝΗΡ:ΒΑΓΑΡΟΚ:ΞΞΞΧ:ΤΥΡΛΒΑΙ  
~~Α~~Δ:ΛΗΓΥΞΗΓΙΚ:ΒΑΜΗΡΦΚΗΙΥΝΒΑΙΔΑ  
~~Ε~~ΡΚΗ:ΒΑΜΒΙΔΙΡΒΑΔΙΤΙΝ:ΙΡΙΚΗ:ΒΑΜΗΡ  
~~Ε~~ΚΑΜ:ΤΗΒΙΝΒ:ΒΗΛΑΓΑΣΙΚΑΥΡ:ΙΜΒΙΝ  
~~Α~~Υ·ΑΜΓΑΜΔΙΜ:ΤΑΓΙΜΓΑΡΟΚ:ΒΙΜΙΚΗ  
~~Ε~~Ν:ΞΑΛΙΔ:ΚΙΔΗΙ:ΓΑΙΒΙΓΑΙΤ:

ΙΥΝΜΤΙΔ·ΞΑΛΙΔΓ:ΒΑΜΙΡΤΙΔ:ΜΑΒΑΔΙ  
 ΔΑΔ:ΒΙΔΓΥΑΡ:ΓΥΡΞ:ΒΟΙΞΤΙΝΓΕΙΔΙΔ:  
 ΜΗΞΓΗΔΞΔΥΡΑΝ:ΜΗΠΔΙΔΓΑΔΗΔΙΝ:  
 ΜΗΡΑΙΚΑΛΑ:ΝΑΝΤΙΝΓΗ:ΒΙΟΥΔΗΔΙΝ:ΙΛΔΥ  
 ΝΙΔΑΗΝΑΙΒΗΚΦΡ:ΜΗΒΑΓΗΔΙΡΑΝ:

les y por Schuardt, como escrito en un alfabeto ibérico, aquel que acreditó Delgado tras de otros, y hubo su poquito de controversia, pero esas son cuestiones bizantinas. Hoy se admite el helenismo de su escritura, y van VV. a oír cómo suena:



«irike orti garokan dadula bask | buistiner bagarok sssxc tur|bai | lura  
legusegik baserokeiunbaida | urke basbidirbartin irike baser|okar tebind bela-  
gasikaur isbin|ai asgandis tagisgarok binike|bin salir kidei gaibigait  
arnai | sakarisker

iunstir salirg basirtir sabari|dar birinar gurs boistingisdid | sesgersduran  
sesdirgadedin | seraikala naltinge bidudedin ildu|niraenai bekor seabagediran.»

Nada se entiende ni cuadra a estructuras indoeuropeas; va, en cierto modo, con lo vascuence, y sobre éste se intenta ahora irlo descifrando, con menguado éxito aún. El escollo, pues, del iberismo no está precisamente en dificultades de transcripción, sino en su esencia lingüística, y no extrañe nuestra torpeza, porque dentro de zonas más cultivadas, en el Mediterráneo oriental y en Italia, tenemos las inscripciones de Chipre y Lemnos, las eteocretenses, etruscas, prelatinas y aun galas fácilmente legibles, pero ininteligibles también. La filología europea, entre pinitos, anda en mantillas aún.

No se puede garantizar, por hoy, que desde Aquitania hasta la Tartésida se hablara una misma lengua, como tampoco que la vascuence deje de estar profundamente infiltrada de voces cántabras, puesto que a territorio de cántabros vino a refugiarse aquélla; pero todo induce a ver un tronco lingüístico desparramado en dialectos con caracteres de aglutinación o composición típicos. La onomástica personal de vascones e ilérgetes, revelada en el bronce de Áscoli, sirve de guía para reconocer algo de ello, y a su vez el plomo de Alcoy contiene radicales y palabras enteras repetidas en inscripciones en letra ibérica, procedentes de Liria, Sagunto, Tarragona y Mogente, que acreditan lo dicho. El plomo, a juzgar por su alfabeto, datará del siglo v antes de Cristo, precediendo a todos los epígrafes de tipo ibérico, no anteriores al III probablemente. Resulta así, que a la serranía de Alcoy hubo de llegar, desde las colonias costeras limítrofes, un influjo helénico, de la Jonia asiática, y cuajó en escritura antes de correrse hacia sur la ibérica, forjada, al parecer, entre Ampurias y Sagunto, y de llegar en sentido contrario la tartesia desde Andalucía.

Aparte las inscripciones, son elemento de iberismo perceptible los nombres geográficos, ya recogidos por griegos y latinos, ya consignados en monedas, cuya estructura empareja por su aspecto con la onomástica personal, y sirve especialmente para revelarnos la expansión primitiva de aquellas gentes por toda la Península. Su enumeración es tema trillado, si bien con mal método, al englobarse en un fondo común todo lo indígena, sin apartar lo que corresponde a oleadas sucesivas de pobladores con hablas diversas. Pero esta selección ni es fácil ni lleva a conclusiones útiles por sí misma, quedando en más aventajada posición crítica la onomástica personal, que localiza los tipos étnicos al tiempo de la conquista romana, y con mayor elocuencia los testimonios epigráficos, a fin de lograr el avance definitivo a que tienden estas aportaciones de ahora. Desde luego, cabe hacernos la ilusión de que, si algo es factible en problemas raciales, la incógnita del iberismo cuenta con buen acopio de elementos para despejarla.

El mediodía peninsular obtuvo mayor exaltación, acreditada por leyendas.



clásicas, con sus tartesios, turdetanos y túrdulos, que llegaban hacia el Tajo por occidente y hasta la cuenca del Segura por el Mediterráneo. Descontado lo tradicional, sabemos de ellos menos aún que de los iberos: todo presunciones, sobre el hecho de una cultura, como reflejo del Oriente mediterráneo, que encumbra a Andalucía sobre todos los países occidentales, desde la época prehistórica que llaman del Cobre, trayendo ritos funerarios y formas de arte concordantes con lo egipcio y egeo. Y es impulso que estaría determinado por la explotación de minerales, oro y cobre, que nuestro país suministraba en grande, a partir del tercer milenario antes de Cristo, así como estaño y plata en los últimos siglos del milenario sucesivo, cuando suena en Oriente el nombre de tursos y tarsis para designar a nuestros tartesios. Entonces hubieron de recibir ellos, como primicia de insospechado valor, aquella escritura en que vertieron sus poemas y leyes. Una escritura acaso la más vetusta entre las lineales de cepa cretense; anterior, de seguro, al alfabeto fenicio y, desde luego, a todos los europeos, siguiéndole directamente, como filiación suya, el ibérico. Mas si éste puede considerarse descifrado, el tartesio se resiste algo a mis esfuerzos, lo bastante para desconfiar de su lectura: no hablemos de ello.

Lo decisivo sería concretar la personalidad tartesia, mediante asimilaciones con los cretenses o sus aledaños, por ejemplo los filisteos, que en el terreno lingüístico explicasen el desarrollo de toda la cultura occidental europea en las edades prehistóricas; problema capital, apenas vislumbrado y no sin contradicciones aún.

Por ahora tenemos que limitarnos a estudiar algo sus estructuras fonéticas, destacando ciertos caracteres diferenciales respecto de lo ibérico, perceptibles tanto en nombres personales como en los geográficos. Entre aquéllos sobresale una familia semirromanizada, que tuvo por cabeza a un Iestnis; le suceden Aninna y Nanna; por colaterales, Velaunis, Ildrons e Igalchis; aparte, Insghana y Velgana. A la par salen otros nombres más o menos análogos, cuales son: Urchail Chilasurgun, hijo de Atitta; Urcestar, hijo de Tascasecer; Socedeiaunin, hija de Istamiuris; Galduriaunin, Uprenna, Attunna, Sillibor, Insilur, Ceturgis, Titilicuta, Attisaga, Nusatita, Sisanna, Siseia, etc.

Entre los nombres geográficos vayan estos de muestra: Urçi, Tutugi, Acatucci, Iptuci, Arucci, Baesucci, Olontigi, Lacimurgi, Aratispi, Baesippo, Cedripo, Acinipo, Ventipo, Ostippo, Sisipo, Ipsca, Salpesa, Arunda, Ategua, Lascuta, Lacilbula, Iponuba, Ipolcobulcola, Obulco, Ilurco, Urso, Igabrum, Ipagrum, Cisimbrium y muchos más. Sería elocuente hallar en Mauritania nombres similares; pero nada entre los de personas, y de lugares son comparables Tucca, Ucubi, Astapa, Maste, Hippo, Ituke, Obba, Vescetria: insuficientes para aclarar nuestro problema de orígenes.

En otra dirección y sobre el hecho de la peregrina escritura tartesia, obsérvese que sus inscripciones proceden de derecha a izquierda con tendencia a la espiral, conforme a las etruscas y al disco de Festos, y sin separar palabras, salvo a lo último en la comarca levantina por influjo ibérico, y sus signos coinciden todos con otros de la escritura egéa en la época minoica, resultando ella simplificada, si bien no tanto como la fenicia, de la que es



imposible destacar por derivación lo tartesio, aunque nos valga para reconocer el valor de una parte de sus signos. Prescindiendo de utilizar tales inscripciones, limitémosnos a transcribir una en letra latina, descubierta en Cástulo, que dice así:

«m . folvi . garosa . uninaunin . vebag . marc . la . l . unininit . sierouciut.»  
(Hübner: M. L. I.; n.º XLIV.)

Poca cosa todo ello, y que no satisface para acreditar diversidad a fondo entre ibérico y tartesio en cuanto a su lengua. Sin embargo, parecen características tartesias el abundar grupos de *rc* y *rg*, así como la reiteración de sílabas seguidas con *s*, *t* y, sobre todo, *n*, coincidiendo con un *asegunanait* en inscripción cretense del siglo VI a. de C. ininteligible, donde también se dan contactos de consonantes oclusiva y continua, frecuentes en lo andaluz y extraños a lo ibero-vasco. Es indudable que entre Andalucía y el Mediterráneo oriental minoico hubo relaciones culturales, difíciles de explicar sino por colonización remota; pero el argumento lingüístico aparece aún demasiado flojo para apoyarla. Dato curioso de aproximación a lo ibérico es la leyenda *sacal iscer*, en moneda autónoma de Cástulo, concertando con el *arnai sakarisker* del plomo de Alcoy, un *sakarbisqa*, en letra ibérica, del de Mogente, y un *ar...sakaris...* en Tarragona. De no sobrevenir hallazgos más esclarecedores, lo tartesio seguirá envuelto en sugerentes interrogaciones.

Lleguemos a otra gran crisis de nuestra prehistoria, que ya nos pone en contacto de supeditación respecto de lo europeo, tierras adentro. Es la irrupción aria o indoeuropea, que se manifiesta primero con la de aqueos en Grecia, que vino a cortar el florecimiento micénico, hijo del cretense, y luego por la de dorios hasta barbarizarla. Y aquellas gentes avanzaron hasta nuestra Península, con la esvástica por signo religioso, revalidando la Edad del bronce, en oleadas sucesivas, que dan de sí luego la Edad del hierro, hasta chocar con las invasiones militares y ya históricas de púnicos y romanos. Dos nombres adjudicó la tradición griega a los nuevos señores del Occidente: ligures y celtas, y ambos aparecen localizados aquí en España. Sobre los ligures viénesse discutiendo con argumentos contrapuestos; mas, a juzgar por lo que en su territorio mejor definido se trasluce, la Liguria, entre las faldas alpinas y el valle del Po, su tronco lingüístico era indoeuropeo, difícilmente segregable del celta y resultando inseguro definir sus reliquias. Como hipótesis, acaricio la idea de si les correspondería un núcleo de tribus que desde Cantabria se corrieron por la meseta castellana hasta el Tajo, coherentes en sus manifestaciones arqueológicas y lingüísticas, a juzgar por la onomástica personal, muy destacada. Localización que no afecta a los territorios que dan por célticos los geógrafos antiguos, así en el confín occidental como en la sutura entre dichos pobladores de la Meseta y los tartesios e iberos hacia sur y oriente. Por consecuencia, impónese un criterio de unificación seguro, por encima de sus apelaciones fragmentarias de cántabros, astures, vácceos, vettones, lusitanos y carpetanos, que ante el problema racial nada dicen.

25 Monumentos escritos de aquellas tribus abundan, pero desconocidos los



más hasta el día, y son utilizables por estar consignados en alfabeto latino casi todos. Hay taseras con estas enigmáticas frases: «tridoniecu . cada | cadessuaeona | nemaioso.»—«h . l . | quom elandorsan» Otra, en letra ibérica, dice al parecer: «irorekios nomidugos menaios || aledures». En páteras de bronce: «stenionte . docilico | mu . gente . monimam»—«cougio . viscico . monimam.» Pero lo más señero son dos grandes epígrafes rupestres. El principal, copiado en un yermo de Extremadura, lo escribió cierto Ambato y dice:

«Carlae praisom | secias . erba . muitie | as . arimo . praeso | ndo . singeieto | ini . ava . indi . vea | un . indi . vedaga | rom . teucaecom | indi . nurim . indi | udevec . rursenco | ampilua | indi—loemina . indi . enu | petanim . indi . arimom . sintamo | m . indi . teucom | sintamo.» (Hübner: M. L. I.; núms. XLVI, XLVII.)

Esto suena bien a nuestros oídos; casi adivinamos un dialecto grecolatino; casi casi lo entendemos; pero los celtistas se dan por vencidos ante éste y los otros monumentos peninsulares del mismo grupo. No los pueden traducir, en absoluto. La ciencia lingüística se explaya en lo gaélico y lo bretón; luego, en lo germánico; aparte, en lo itálico al rededor del Lacio; pero de Etruria para arriba y hasta Nimes, donde aparece otro Ambato, sigue todo en el misterio. Ambato no debe de ser nombre céltico; mas le cuadra la significación aquitánica de *ambactus*, cliente, dada por Ennio y César. Su radical bordea los Alpes en la onomástica personal, sin pasar de Tréveris hacia el norte, y bajo la forma susodicha abunda, como ningún otro, en nuestra Península desde el país de los vadinienses cántabros hasta Extremadura y Toledo; pero falta en los territorios célticos, precisamente.

Avancemos a tientas, por si adivinamos lo que nuestro Ambato quiso escribir allá en la peña de Arroyo del Puerco. ¿Será una demarcación de linderos, un coto? ¿Acusarán sus jalones el *ini*, como *ἄνα* en griego, y la reiteración de *indi*, en sentido de *ἔνθα* o del *inde* latino? Es curioso que *praisom* se parezca tanto a los *phrasona* y *praisoiinai* eteocretenses; acaso explicable por el griego *πράσσω*, hacer, o el latino *frango*, partir; *arimo* se acerca a *ἔρημος*, yermo; *singeieto* convida a compararlo con *συγγείτων*, vecino; *sintamom* con *συντάμνω*, ir por el camino más corto; *ampilua*, con *ἄμπελος*, viña; *loemina*, con *λειμών*, prado, y así sucesivamente; pero todo incierto, sobre la desconfianza, cuando menos, a que mi impericia obliga.

El otro peñasco escrito subsiste cerca de Viseo. Principia por la palabra *veaminicori*, que parece nombre gentilicio, asimilable a los *veamini* alpinos de Niza, nombrados como ligures entre otros que guardan cierta similitud con pueblos nuestros de la Meseta: segovii, segusini, medulli, carpetoracte, venisani, carystum. También alude la inscripción de Viseo a unos *caelobricoi*, que transparentan entrar en serie con tantos nombres de ciudades en *-briga* (ciudad, según Stéfano), correspondientes al habla de la Meseta, puesto que desde Cantabria al Tajo entra en composición con nombres romanos (Iuliobriga, Caesarobriga, Augustobriga, Flaviobriga). Veamos el contexto de la tal inscripción:

«veaminicori | doenti | amucom | lammaticom | crouceai maca | reaicoi pe | tranio et | adom porcomi oveas | caelobricoi.» (Hübner: M. L. I.; n.º LVII.)

Se me ocurre si tal vez responderá esto a cosa de ofrenda; si *doenti* se ex-



plicará por *δίδοντι* o *dant*; *lammaticon* por *λήμματος*, dádiva; *crouceai* por *χρῖχοι*, brazaletes, asimilable a un *krouk*, con idea de redondez, en gaélico; *macareai*, por *μαχαίρη*, espadas, y *coi* como *καί* o el *que*, partícula conjuntiva latina. Y perdónese lo burdo de estas comparaciones, sólo presididas por mi buen deseo.

Y vámonos a otra parte. De los célticos gallegos y portugueses apenas se nos alcanza su habla sino en nombres propios y, sobre todo, de dioses; advocaciones tal vez de carácter local, siempre inexplicables. Aunque nada aclaren, he aquí algunos para dar idea de su estructura dominante: Bandiarbariaico. Bande velugo toiracco. Reuveana baraeco. Revelanganitaeco. Aegiamuniaego. Naviae sesmaeae. Nabiae elaesurraeae. Consuneneoeco. Cosoudaviniago. Tongoenabiago. Vacodonnaego. Lucoubus arovieni. *Laribus* tarmucenbaxis ceceacis. Crougin touda digoe, etc. No me detengo a analizarlos; pero sí acusar su diferencia respecto de otros, que caen cerca de los letreros rupestres arriba transcritos y justifican diversidad racial frente a lo celta. Son estos: en Viseo, «*Iunō | veamvaearum | tarbolam | ancununarum.*» En Brozas, «*Bandiae Apolo segolu.*» «*Iovi solutorio astur stureii ritilas*», donde tal vez pueda clarearse un «*ἄστυρ στέρουφ rutilans*» o cosa así. En Talaván, «*Munidie .berobrigae .toudo palandaigae.*»

Pasemos al borde oriental de la Meseta, la Celtiberia, que ofrece sorprendentes novedades; y, para hacer boca, he aquí la lista de topónimos bilbilitanos evocados por Marcial: Congedus, Dercenna, Nutha, Perusia, Salo, Tuetonissa, Turgontus, Vadaverus, Boterdus, Burado, Cardua, Peteris, Riga, Rixama, Vativesca y Voberca.

En general todo esto, sin disonar ante lo gaélico, no entra en su onomástica, lo que ya es bastante para prevenirnos acerca de divergencias características de lo español, aun en las zonas donde parece acreditada una hermandad racial. Advertido ello, vámonos al país de los lusones celtíberos, hasta más allá de Teruel, sobre el Turia recién nacido y ante la cantera de Peñalba de Villastar: una faja blauecina de peña tajada, por base de la meseta dominante, sin rastro de población vetusta allí, pero salpicada la peña de dibujos y letreros, grabados a punzón, pues lo blando de la caliza se presta a arañarla fácilmente, y ellos corresponden a etapas entre sí alejadas. Algunos, con signos de cristianismo avanzado; otros, enigmáticos aún; algo que parece caracteres ibéricos y, sobre todo, una serie homogénea de letreros, fechables en el siglo I de Cristo, escritos en alfabeto latino arcaico, y redactados casi todos en lengua exótica. El misterio los acompaña: nada en los dibujos de aquellas groserías tan frecuentes en el arte parietal; el tracista más fecundo era un refinado, que copió allí nada menos que un verso latino: «*Tempus erat quo prima quies mortalibus aegris*»..., y en vez de seguir completando la virgiliana frase: «*incipit, et dono divum gratissima serpit*» (*Aeneidos*, II, 268, 269.), añade, en grandes letras al pie, un «*nescio qui*», que nos deja parados.

Mas no vayamos en busca suya al sitio aludido. Allí la peña, teñida por los siglos, destaca una serie de blancas heridas, acusando el arranque de los trozos donde la gran mayoría de los letreros y dibujos iba impresa. Aun que-



dan allí unos pocos; otros en el vecino pueblo de Villel, muy secundarios; el resto, vergonzosamente almacenado, desde hay treinta años, en el Museo arqueológico de Barcelona, con ese miedo a lo peligroso y difícil que tanto cunde entre los eruditos, con esa prevención a desentonar que esteriliza muchas investigaciones.

Recién descubierto, fotografiado y dibujado todo ello por Cabré, nuestro gran zahorí campesino, él mismo lo publicó, brindando al P. Fita el estudio de los letreros, sin resultado alguno. Aquellos materiales me fueron luego suministrados por el descubridor; más adelante calqué los originales y obtuve nuevas fotografías, sin que mis atenciones removiesen la inercia de la dirección del susodicho Museo, y así hasta hoy.

Sería fatigoso en esta ocasión presentar y discutir todo lo que los letreros de tipo romano dicen; adivinar quienes serían aquel «Turos carorum viros veramos», repetidamente nombrado; aquel «Calaitos voramos ednoum», aquel «Guandos cotiricum» y el «aio Guandos», con otras frases más o menos inteligibles, para concentrar nuestra atención en el letrero principal, por bien escrito y copioso, que dice así:

«eniorosei | uta . tigno . tiatumei | erecaias . to . luguei | araianom . comeimu | eniorosei . equeis . uique | ogris . olocas . to . oias . sistat . luguei . tiaso | togias.»

II N I O R O S I I I  
V T A T I C I N O T I A T V M I I  
I R I I C N A S T O K V G V I I  
A R A N A N O M C O M I I M V  
I I V T O R O S I I I R V I I S V I R V I I  
O E R I O O I O F A S T O G I A S S I S T A T I V C V I I I T I A S O  
T O E T A S

¿Verdad que también esto suena a lengua familiar? Apelo ahora a mi propia y modestísima eficiencia filológica: no entiendo una palabra, ni siquiera barrunto de qué se trate. Pero todo lleva un aire de latinismo y una normalidad fonética tan nuestra, que invitan a reconocer algo ancestral en este grafito y a un intento de adivinaciones. Por de pronto, la cita de la Eneida hace creer que fuese un italiano culto el tracista, con la sospecha de si en lo demás vertiría sus ocurrencias en lengua vernácula: nada de eso. Es evidente que ni los dialectos itálicos y prelatinos de allá conocidos, ni el etrusco tienen punto de contacto con los grafitos turolenses. Ha de creerse, pues, que nos hallamos ante expresiones de lengua indígena desconocida, y también disidente, en absoluto, de lo gaélico y bretón. Lo positivo es su carácter protolatino,



como si dimanase de un desgarré del tronco indoeuropeo, anterior a la colonización italiana y que pudiera corresponder a la invasión céltica, reconocible en nuestra Península por sus vestigios arqueológicos quizá desde unos seis u ocho siglos antes de Cristo, disputando terreno a los iberos y a los supuestos ligures de la Meseta. Desligar esta invasión de la gala, tan posterior, la del Breno en el siglo IV, así como ésta de la germánica, razonaría etapas distintas de lenguaje y el no explicarse la epigrafía céltica española, ni aun la francesa, por los dialectos gaélicos.

La calidad de quienes figuran en letreros de la cantera de Peñalba se nos revela, en cierto modo, por aquello de «viro veramos,» como *vir verendus*, el «voramos ednoum», quizá sobre *vorax* y *edonum*, y el «aio», que es como *yo digo*, exactamente. Dar valores así al letrado principal no sería difícil, pero sí arriesgadísimo e incierto, de no mediar la base filológica que me falta, desgraciadamente; sin embargo, valgan algunas observaciones, por si ellas abren camino a los doctos. De partículas, el *eni* inicial puede ser *in*; el *uta* es forma arcaica de *ut* conocida, y en esto resalta la distinción con el osco, que da *puz*, y el umbrio, *puse*; *to* quizá sea el posesivo *tuo*, y *comeimu* pudiera equivaler a *mecum*. *Erecaias* recuerda *erigeas*; *luguei* se acerca a *lucus*, bosque, regido, tal vez, por *araianom*, como *aragium* o *aratío*; *tiaso* coincide con *θίασος*, fiesta sagrada, y así hasta el *togias*, que pudiera explicarse por *δοξέω* o sea *doceo*.

Otro grafito allí mismo arroja estas frases: «damergios—irisan . irandun obios | ibiti . meis», y prescindo de algunos más, escasamente legibles, entre los que parecen coetáneos. Desde luego puede garantizarse la autenticidad de todos ellos, y valga lo dicho para acreditar la trascendencia que el estudio de estos letreros alcanzará si no marro demasiado al presentarlos.

Tras de ello tocamos al período de romanización nuestra, con el latín por lengua escrita y absorbiendo poco a poco las hablas indígenas. Aquí tendría cabida el hacernos cargo del latín rústico que legionarios y colonos importaron, tema demasiado complejo y trillado para manosearlo de nuevo. Baste presentar otro documento mal conocido entre nosotros, procedente de Villafranca de los Barros. Una carta misiva, aunque difícilmente trasportable, escrita en una *tégula*, a punzón, antes de ser cocida en el horno, y conteniendo órdenes reservadas, de grave trascendencia doméstica, entre dos subalternos de un señor desconocido. Y voy a ofrecerla completa y leído su final, a los cuarenta y tantos años de haberlo intentado en vano; pues se dió el caso de que, al publicarla Hübner entonces, proclamase que quien leyera sus tres últimas líneas «erit mihi magnus Apollo»; y, claro está, usando de la benevolencia con que acogía mis pinitos epigráficos, le propuse nó sé qué lectura, rechazada, desde luego, como la que el Marqués de Monsalud y Rodríguez de Berlanga también aventuraron. Dice así toda ella:

«Maximus Nigrano: Et hoc fuit providentia actoris, ut puellam, qui iam fetu tollerat, mitteres illam, ac tale labore ut mancipius dominicus periret, qui tam magno labori factus fuerat, et hoc Maxima fecit Trofimiani fota; et cas-



tiga illum, quare somniclosus est; et tum tegla minui fingi, et scindite salaci pilos.» (*Ephemeris epigraphica*; IX, 69.)

Sería agraviar a la Academia el meterme a exponer lo que hay de vulgar contra el latín clásico en estas frases, denunciando hispanismo, en cierto modo. Baste una traducción, necesaria por cuanto discrepo del sentido que los editores admitieron, llegando a una especie de novela jurídica y hasta a descubrimientos geográficos baldíos. Es así:

«Máximo a Nigriano. Y en esto quedó la resolución del actuario: que a la moza, que ya se henchía con el feto, la despachases, y con tal esfuerzo que perezca el esclavo del señor, que fuera logrado con tan gran trabajo, y esto lo suscitó Máxima, la manceba de Trofimiano. Castígallo a él por cuanto es fantástico; y además finge haberse roto esta teja, y a la lujuriosa cortadle el pelo.»

M X I M U S N I G R I A N O  
 E T H O C E V I T P R O V I D E N T I A  
 A C T O R I S U T P U E L L A M O V I A  
 F E T O T O K E R A T M I T T E R E  
 I L L A M A I T A E F L A B O R E U T  
 M A N C I P I U S D O M I N I C U S  
 P E R I R E T Q U I T A M M A X I M A  
 L A B O R I F A C T U S F U E R I T  
 E T H O C M X I M F E C I T  
 T R O F I M I A N O F U E R I T C A S T I G A T U S  
 I N I L L O M O M E N T O  
 C L A S U S E S T

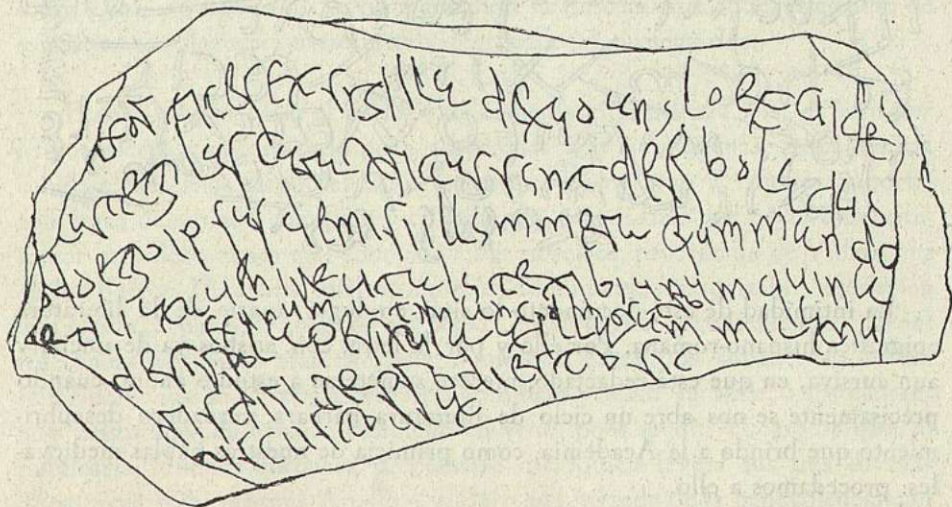
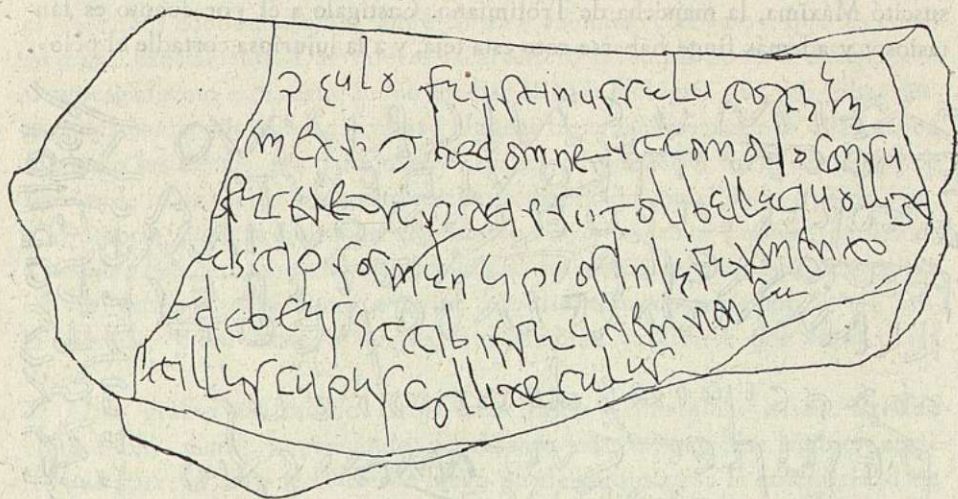
La intimidad de este documento lo sitúa en lugar aparte de la literatura epigráfica hispano-romana. Por ello y por la letra, con atisbos ya de uncial y aun cursiva, en que está redactado, merece someterse a estudio ahora, cuando precisamente se nos abre un ciclo de literatura bárbara, verdadero descubrimiento que brindo a la Academia, como primicia de nuestras hablas medievales: procedamos a ello.

Entre paleógrafos se viene hablando de letra visigoda y presentando como tal la de los siglos VIII a XI. En realidad, escrito visigodo, fuera de lo epigráfico, en mayúsculas, y de lo uncial, en códices, nada era reconocible, y lo que pudiera constituir precedentes, las ánforas del monte Testaccio, en Roma, y los grafitos de Bolonia, caen demasiado lejos para colacionarse. El panorama



documental cambia notablemente ahora con el hallazgo de seis pizarras, escritas a punzón también, y al frente de ellas otra epístola, muy bien presentable tras de la anterior.

Se descubrió en el Barrado (Plasencia: Cáceres) en 1889; estuvo en manos de Muñoz y Rivero y del P. Fita sin pena ni gloria, y lleva su medio siglo en una vitrina de la Academia de la Historia, esperando la hora de salir a luz, que va a ser esta. La pizarra, escrita por ambas haces, resulta algo difícil de leer, como todo lo cursivo, e incompleta por rotura de un borde; alude a cosas de explotación agrícola, con palabras de arduo sentido por inusitadas o corrup-



tas, y sobre sus caracteres paleográficos no es ocasión de insistir al presente; pues ello sólo constituye tema de estudio trascendental. Veamos su contenido, supliendo como pueda y por vía de ejemplo las voces truncadas. Así:

«Paulo Faustinus . Saluto tuam (claritat)em et facite, domne, ut comodo consu(luisti m)e facere, ut per te ipsu toliballa quollige, (et sic) ad ut ipsos



mancipis in jura semen to(tum eriper)e debeas, ut tibi fraudem non faciant, et illas cupas collige, calas = (r)etortices, et sigilla de tuo anulo, et cude (il)las teglas cara tritas sunt de fibola, quo(m)odo ego ipsas demisi; illum meraqum manda de Tiliata venire, ut ajutet ibi unum quina de Sirjola peritula—et unum Atmancio nostro — at illa ammica tua (ag)ris dirige; prodi esto, sic (vir)tus custodiat.»

Este documento no es único. Hay otros, iguales en cuanto a su estructura, en pizarras también, variados de tema y descubiertos al sur de la provincia de Salamanca, cuya relación sería larga y complicada; pero su valía, tanto en lo paleográfico cuanto en su léxico y contenido, es grandísima. Dos de ellos contienen oraciones, quizá en sufragio de muertos, pues salieron de sepulturas en Santibáñez de la Sierra, con invocación a los ángeles Uriel y Gabriel, pero desgraciadamente incompletas; otro es mera relación de nombres personales de tipo cristiano, mas no bárbaros; otro, también así, especifica modios y sextarios anejos a cada nombre, con referencias topográficas, etc.; otro es cosa judicial, con valor de objetos consignado en *solidos* y *tremisses*, y otro dice lo siguiente: «*per tratus feci turbat qui lesserit sedat in foca boina.*» Salvo la segunda letra, *t*, lo demás resulta claro, mas no lo entiendo.

Va escrito esto último, al pie de otras líneas compuestas de signos geométricos, que son cifras numerales romanas, en agrupaciones variadas, y que generalmente dan sumas iguales en cada línea, revelándose quizá como ejercicios escolares. Pero sorprende la abundancia de tales pizarras, sobre todo en un despoblado cerca de Ciudad Rodrigo, que llaman Lerilla, donde se obtienen por decenas y decenas con sólo tomarse el trabajo de ir las recogiendo. Indicio bien raro de educación matemática en aquellos poblados, habitación de vettones, romanizados luego y alcanzando algunos al período visigótico.

Ello ha de tenerse en cuenta para explicar el letrado últimamente transcrito y, desde luego, se justifica la antigüedad de ambos lotes de pizarras. Ya el aire clásico de la epístola previene para asignarle fecha anterior a la penetración de germanismo, que hubo de alcanzarse en el siglo VII, y lo mismo enseña el tipo de su escritura, con algo de evolución gráfica sobre lo romano cursivo del siglo IV, no siendo la tal epístola donde mayor antigüedad parece revelarse, y siempre muy distanciada de lo posterior a la invasión árabe. Estas muestras caligráficas, comparadas con las de fuera de España, acreditan cierta unidad en todo lo que fué imperio romano, hacia los siglos V a VI, que luego se resuelve en las escrituras nacionales bárbaras; pero faltaba su comprobación respecto de lo visigodo, ahora tan fácil y decisivamente lograda.

Todavía otro hallazgo de pizarra congénere, descubierta bien lejos, en un rincón inexplorado de Asturias, en Carro, sobre el Navia. Es la mayor de todas, repartida en dos hojas y con escritura tan apretada, desigual y en parte borrosa, que se me han ido muchísimos días en la tarea desesperante de descifrarla. Creo haberlo logrado; mas no la explicación de su contexto, ni ello será posible, dado el carácter esotérico que revela, como documento de hechicería envuelta en proteccionismo cristiano, con planes de aventura revolucionaria



entre personajes de categoría, y quizá dictado por un taumaturgo misterioso. He aquí la parte menos oscura e incoherente del tal escrito:

«Aguro uos omnes patriarci | mical grabriel ceciteil oriel rafael ananiel marmoniel qui ilas | nubus contis tintetis in manu uestras estote. liueri de uila nomine cis|cau ubi auitat famulus dei auriolus presu cimeterios cum fratribus uel uici|nibus sui uel de omnes posesiones eius | ediciantur de i uila e de ilas auitaciones eius per montes uada et reuertam ubi neque calus conta neque galina ca|cena ubi neque aratore neque seminador semina ubui neque nula | nominare sunt. aguro tesaoras per issu dominum nostrium futurum qui te lic|uit in cinbes ciuitate ub non noceas neque asbori neque menis|sibus neque ameneis neque frautiferis neque asboribus neque | coliuues nobegiam tiui . ibi est meus dominissimus scetru firmu»... etc.

Unos patriarcas, entre los ángeles, enteramente desconocidos; peregrinación por tierras desoladas; *tesaoras* prometidas; otras tierras fértiles intangibles; una ciudad, *Cinbes*; *nubus*, *nobegia*, y hasta un *dominissimus* que actuaba con cetro firme por allí, y más y más cosas peregrinas; todo ello imposible de traducir en realidad para nosotros: ¿Locuras, prodigios; algo relacionado con las primeras etapas de la Reconquista? ¡Quién sabe! Quedan en pie sus modismos y palabras raras, sus grafías reveladoras del lenguaje en disolución; su letra, cursiva también; menos romana que la de las pizarras salmantinas y mejor caracterizados los signos; afine de lo primitivo mozárabe, mas no de lo cancilleresco asturiano ni de lo merovingio.

Asturiano, mozárabe: fases de cultura nuestra en el ciclo de la Reconquista. Ya de entonces, archivos y bibliotecas conservados; legión de códices y documentos en los que se revela progresivamente la caída del latín, de su sintaxis complicada, de sus galas retóricas, sobreponiéndose miseria de léxico, giros nuevos, acogida de palabras exóticas, especialmente árabes, y esta lengua árabe sustituyendo al latín, como reacción erudita, en traducciones, glosas y comentarios. Luego, un resurgir de clasicismo a fines del siglo xi, con imitación de textos cultos latinos y estudio en glosarios artificiosos, por un lado, marcando una educación eclesiástica erudita, y frente a ello el vulgo indocto, que sigue elaborando su lenguaje sobre lo tradicional, hasta hacerse intérprete del pensamiento colectivo y afianzar el romance con categoría de instrumento literario.

Todo esto ya no es cosa de analizar ahora; sólo una digresión final no impropia. Cuando allá en 1910 se organizaba el Centro de Estudios Históricos, inició D. Ramón Menéndez Pidal sus lecciones de laboratorio con la presentación en fotografías de las «Glosas silenses». Una revelación para mí, entre cavilaciones sobre: ¡si yo pudiese hallar algo semejante! Y la suerte, que tantas veces, gracias a Dios, me asiste, hizo que, yendo por camino propio al estudio de los códices de letra visigoda, o sea mozárabe, en sus iluminaciones y caligrafía, hojeando uno de la Cogolla, se me ofreciesen las que bautizamos con el nombre de «Glosas emilianenses», paralelas de aquellas otras y con ventajas en antigüedad y por resolverse en una brevísima composición litera-



ria, primera romanceada que alcanzamos. La publiqué en 1913, como primicia del hallazgo, y arroja lo siguiente:

«Con o ajutorio de nuestro dueno, dueno Christo, dueno Salvatore, qual dueno get en a honore e qual dueno tienet ela mandatione con o Padre con o Spiritu sancto en os siéculos de lo siéculos. Fac a nos, Deus omnipotes, tal serbitio fere ke delante da sua face gaudioso segamus. Amen.»

Así se podían ya en el siglo x formular ideas, glosando la evocación agustiniana al honor y al imperio de Cristo, como si ella removiese el espíritu español en un primer impulso hacia la conquista de su personalidad social.

Y se acabó el filón de mis aportaciones a través de la literatura arqueológica nuestra. Por vez primera van recogidos aquí fragmentos de las lenguas peninsulares muertas y, al oirlas, quizá se haya notado con sorpresa que suenan bien y suenan a nuestro, como si fuese verdadero lo de que la fonética, el ritmo vocal es permanente y fijo en cada pueblo. Mas no han de satisfacernos las exterioridades a que mi labor llega, con abrir el libro sellado de lo que feneció, sino penetrar en la intimidad del pensamiento español a través de los siglos, y esto lo brindo a VV., maestros en filología y erudición literaria, a ver si descubren el arcano de iberos y tartesios, de supuestos ligures y célticos, y luego espigar en la mies de latinidad provinciana sus granos de hispanismo, que fueron creciendo y desarrollándose hasta abarcar en el romance nuestra habla.

Claro está que si lo dicho ha de servir para algo, no es simplemente oyéndolo ni dejándose llevar de mis impresiones, sino merced a un trabajo a fondo, con la totalidad de documentación que a cada tipo de lengua corresponde, para lo que no ha de faltar, *Deo volente*, mi ayuda. Entrarán en turno de publicación pronta las aludidas pizarras y luego codificar todos los monumentos escritos en lenguas prelatinas nuestras, remozando la obra de Hübner. Sirva, pues, lo antedicho de programa, de muestra, que abra entre los eruditos la apetencia de estudio. Y sirva también por corolario de estas disquisiciones inquirir algo del espíritu nacional, a que responde la expresión hablada en cada época revelando la personalidad española: síntesis, en el tiempo y en el espacio, de sus aptitudes, y augurio de lo que puede dar de sí en lo futuro.

Uno de los hombres sabios de mi siglo, José M. Quadrado, al contemplar en ruinas un pueblo de abolengo, frente a otro de advenedizos próspero, exclamaba: ¡Dichosos los pueblos que no tienen historia! Que es como decir: ¡dichoso el expósito! Mas eso no va bien para quienes ostentamos en alma y cuerpo, con nuestro propio ser, el de nuestros padres; y, si por las rayas de la mano se tramaban adivinaciones, en la ascendencia se vinculan indicios de lo que nuestra sangre arrastra de potencialidad heredada. Y no siéndonos indiferente la alcurnia, tampoco nos hemos de considerar desligados de lo colectivo nuestro, de nuestra raza, de la individualidad social española, reflejada en lo que subsiste de aquellas generaciones cuyas hablas intentamos reconstituir ahora.

Si oimos hablar a un francés, lo diputamos extraño a nosotros por su acen-



to, y si le medimos el cráneo se confirma el hecho. Pero si oímos la lengua vascuence nos suena tan a nuestro que la acogemos gustosos. Y, de hecho, ahí está el hombre vasco, el ibero, pesando sobre nuestra historia, con su mentalidad no conformista permanente, su inquietud; hoy, guerrillero; ayer, en aventuras de mar; antes, soldado a merced de Roma, por Italia y Sicilia, sin apegos fuera de lo suyo; y ahí le tenéis conservando su hombría de bien, tanto como su encortezada fiereza.

¿Son ellos los aborígenes españoles? Así se dijo y así lo confirma su primitivismo. Pero ahora me asalta una sospecha: rodando mundo he tropezado con el vasco puro en Navarra, quizá en el Maestrazgo, y en el Alto Aragón bien definido; pero también observé al villano de Castilla, el labriego de los Campos góticos, el sayagués y hasta el jurdano envilecido, mirando humildes al cielo, irreductibles frente al vasco y aun disociados del montañés vecino suyo. Todo inclina a suponerlo aborígen nuestro también, sin historia, sin nombre, y hasta asignarle un atisbo cultural adjudicándole el arte de los dólmenes, remedando al tartesio prócer, constructor de los sepulcros con galería y cúpula, desde Almizaraque hasta el Tajo. Y si hubiésemos de buscarle ligazones de origen, sería en África, con el elemento líbico. Desde luego, tales gentes, acaso desligadas siempre de los iberos, constituirían nuestro sustrato pasivo nacional, inmovible a través de invasiones. No soy castellano y puede tenerse en poco a Castilla; pero aquí no hay terremotos y aquí se duerme tranquilo como en ninguna otra región de la Península.

Y del andaluz ¿qué diré? La hermana monja de Unamuno decía que las andaluzas son siempre niñas, y estoy por admitir como exacto este infantilismo; pero no se juegue con el andaluz, que tiene malas pulgas. Él adolece de quietismo también, de conformista algo estoico, senequismo diríamos; individualista y disociable, cuanto apegado al ambiente nativo; mas, si por fuerza de las circunstancias se airea cosmopolita, entonces, rehaciéndose, domina la situación, vaya donde vaya. Por algo convive a gusto con el gitano, subyugándolo, y juntos expresan en cantos y danzas el sentido artístico primitivo, la infancia eterna del vivir a gusto. Son dotes que me guardaré de achacar a un fondo tartesio; porque la revolución de pobladores allá durante la Edad Media no permite hacerse ilusiones con entronques remotos, ni aun casi tampoco buscarlos en el invasor árabe: una síntesis de hispanismo con algos de oriental pudo acaso informarlo.

Mejor podemos definir el otro factor esencial que actúa sobre nosotros: el montañés, el cántabro-astur; aquellos bandoleros prehistóricos, a que alude Estrabón, cazadores y ganaderos; duros, indómitos y agresivos siempre, dominadores de la Meseta y luego fautores principales de la Reconquista. Los tenemos aún alrededor de la cordillera cantábrica y a lo largo del Duero, en Fermoselle, por ejemplo; es el maragato despierto, el serrano de Avila, el charro de las dehesas salmantinas, el montaraz altivo, menospreciador del destripaterrones; y ese mismo bajó armado hacia Cáceres y saltó, en conquistador otra vez, con los Pizarros hasta América.

Luego, parece verosímil considerar a los celtíberos como célticos, a juzgar



por el lenguaje bilbilitano y turolense de que antes presenté muestras; pero el carácter aragonés de hoy, la opinión de los escritores antiguos sobre su valentía y progresos técnicos, y el crédito, aun más merecido por su tesón que por fieros, en Numancia, inclinan a ver un feliz injerto de iberismo en ellos con la fusión de ambas razas, prestando valores de honda raigambre a la vida nacional.

Su contraste con el gallego céltico es elocuente; raza de plasticidad seductora, de intimidades delicadísimas, lírico por excelencia, destacándose en lo práctico por sagazmente acomodaticio y, como abnegado trabajador que es, no da mucho, sabiendo lo que cuesta la vida. Otras fuerzas periféricas peninsulares, aunque pesen muy mucho, actuaron menos a gusto, en virtud de su orientación hacia el exterior y su autocentralismo peculiar: fieles a nuestra tesis, con oír el habla de Barcelona, Valencia y Lisboa nos damos cuenta de que factores extraños les prestaron su acento.

Considerando todo eso, parece lógico intentar una síntesis con vistas al acervo lingüístico netamente español, dentro de las proteicas fases de su desarrollo. Así llegaríamos hasta definir acaso nuestra personalidad racial, con un fondo extraeuropeo, que se traduce en genialidad, exclusivismo, improvisaciones, arranques magníficos sin continuidad, sin fruto adecuado, y a vueltas un instinto de autarquía, individual casi, antes bien reductible a unidad por virtud de sugerencias que por razonamientos. Y como si la sonoridad rotunda de nuestra habla obedeciese a presunciones inconscientes de dominio, sobre un ideal no formulado aún, cabe la ilusión de que algún día, en el ansiado futuro próximo, sepamos dirigirnos por camino propio, genialmente, a conciencia, sin claudicaciones ni servilismos.







CONTESTACIÓN  
DEL  
EXCMO. SR. D. MIGUEL ASÍN PALACIOS





CONTESTACION

DE

EXCMO. SR. D. MIGUEL ASIN PALACIOS



Hace ya algunos años que la Academia tenía el propósito de llamar a Gómez-Moreno para que colaborase personalmente en las tareas técnicas de nuestro Instituto; pero con modestia, pareja de su sinceridad un poco hosca, resistíase a aceptar un cargo que él estimaba honor inmerecido y para cuyo desempeño creíase huérfano de aptitudes. Participaba en esto de un prejuicio muy extendido, que supone a esta Real Academia de la Lengua torre de marfil y coto cerrado, al que sólo deben tener acceso los grandes literatos, poetas, novelistas, dramaturgos y oradores, los que con arte exquisito aciertan en cada época a poner su palabra al servicio de los perennes ideales estéticos de la lengua castellana, a la que con sus obras literarias dan refulgente esplendor y que con su dominio del habla de las diferentes clases sociales pueden aportar su testimonio fidedigno sobre el uso vivo de las palabras vernáculas, para la redacción del Diccionario académico. Pero al lado de estos artífices del habla literaria, testigos a la vez del lenguaje común, la Academia necesita para sus trabajos la colaboración de filólogos, lingüistas, eruditos historiadores de la lengua y de la literatura, y, además, técnicos de las diversas ciencias y artes que puedan acoger en el Diccionario las voces del léxico peculiar de aquéllas, junto a las del léxico común. La Academia ha procurado siempre, por esta última razón, llamar a su seno a los más expertos conocedores del tecnicismo de las artes y ciencias, así de las especulativas como de las prácticas y aplicadas, que fuesen capaces de fijar, con definiciones sobrias pero exactas, el sentido preciso de cada voz. Y esta ha sido cabalmente la razón capital que ha movido a la Academia para llamar a Gómez-Moreno, especialista y técnico, seguramente el de más renombre científico, entre los vivos, en el conocimiento de las bellas artes y de la arqueología hispanas, al par que epigrafista, numismata é historiador del arte. El número de sus obras, monográficas y de síntesis, sobre las diferentes ramas de ambas disciplinas (arte y arqueología) alcanza cerca de dos centenares en el catálogo que de ellas formó y dió a la luz Sánchez Cantón en 1931 al recibir a Gómez-Moreno en la Academia de Bellas Artes.



El caudal léxico que tales trabajos aportan es difícil de ponderar, pues en ellos se registran y definen multitud de voces técnicas pertinentes a la arquitectura, cerámica, orfebrería, pintura, escultura, epigrafía, numismática y otras artes bellas, plásticas, suntuarias y decorativas. Y esto, en todo el ámbito de la historia de España, así de la época prerromana (monumentos prehistóricos, tartesios, iberos, celtas, etc.), como de la clásica (griegos y romanos) y de la visigoda, árabe, medieval cristiana, renacentista y aun moderna.

La noble ambición de lo inédito le ha acuciado siempre con empuje irresistible a la búsqueda incesante de lo nuevo por la exploración de las sendas menos fáciles y trilladas, si recorriéndolas creía llegar a arrancar el velo del misterio que oculta los hechos del pasado. Y esto, con el afán desinteresado que caracteriza al investigador erudito o al que cultiva la ciencia pura, que no pueden aspirar, como recompensa de sus estudios y trabajos, ni siquiera al aplauso del gran público, tan fácil de conquistar mediante el cultivo de otros campos menos duros de labrar y más propicios al logro de la fama. Porque es ley ineluctable de la psicología de las masas, aunque parezca paradoja inexplicable, que la curiosidad, atención e interés del público para las obras del espíritu está en razón inversa de lo inédito del tema. El autor que puede encabezar su trabajo con un título que despierte en el ánimo de los lectores el recuerdo de algo ya bien conocido, tiene ganado *a priori* su interés y conquistada por añadidura la atención y el elogio de la prensa, mientras que, al revés, lo raro, lo anómalo, lo inaudito, lo que nada dice por su título a la memoria del lector y que cabalmente por ello debiera excitar más su curiosidad es acogido por la masa con indiferencia cuasi desdeñosa, hasta que lentamente el juicio favorable de los doctos acaba por hacerlo entrar en el acervo común de lo vulgarizado y mostrenco.

Esta ola de indiferencia, que cierra el paso a lo inédito por la novedad peregrina del tema, se encrespa e hinche todavía más cuando su asimilación por el vulgo tropieza con las dificultades inherentes al método científico que el autor emplea en su desarrollo. Es esta la doble barrera que los estudios de Gómez-Moreno han tenido que superar. Difícilmente, en efecto, encontraréis entre ellos alguno que por lo trillado del tema o lo conocido del nombre del artista estudiado (Ribera, Berruguete, Cano, Miguel Ángel) atraiga sin más la atención; son en cambio legión los que nada apenas nos dicen *a priori*, por lo oscuro del nombre (Melchor de la Hoz, Vasco de la Zarza, Garcí Fernández, Bartolomé el rejero de Jaén), o por la original virginidad del problema planteado y resuelto, como v. gr., la epigrafía ibérica, las pictografías andaluzas, las glosas silenses, el arco de herradura en la arquitectura prearábica, las iglesias mozárabes, el arte de la lacería, etc. Repetir hasta la saciedad lo ya conocido, resumir, compendiar y a veces revestir con nueva fraseología lo ya publicado, es labor útil para la divulgación, propia de manuales y enciclopedias; pero poco o nada adelanta con ello la ciencia, cuya aspiración única ha de cifrarse en arrancar al dominio de lo desconocido una provincia nueva. Así lo ha hecho Gómez-Moreno durante su larga y fecunda vida de investigador científico en la historia del arte. Porque esta disciplina, como todas las



del espíritu, para que puedan aspirar legítimamente al noble título de ciencias, después de descubrir el nuevo fenómeno cultural explorado, no ha de adoptar la fácil actitud del espectador pasivo de la obra artística, que se goza en la contemplación de sus perfecciones y se limita luego a comunicar a los demás la emoción estética que le producen con frases admirativas que sólo contienen juicios de valor emotivo.

La ciencia debe aspirar a algo más: pretende explicar por sus causas los fenómenos culturales, buscar y descubrir en los caracteres objetivos de éstos la huella de los precedentes que les dieron existencia, conjugando para ello la doble influencia que en su génesis tienen la imitación y la originalidad, la tradición y el progreso. Esta ley ineludible que rige la vida entera de la cultura y de su transmisión en el espacio y en el tiempo es la que da valor científico a las varias disciplinas históricas, singularmente las cultivadas por Gómez-Moreno, pues para organizar en sistema científico la arqueología y la historia de las artes, en que el elemento formal tiene la primacía, urge ante todo discriminar en las obras artísticas cuáles analogías de forma pueden y deben ser atribuidas a la imitación y cuáles son fruto de la espontánea coincidencia de actividades independientes, para conceder así a la inventiva genial del artista tan sólo la parte estricta que justamente le corresponde en el mérito de su obra, sin atribuirle además las perfecciones técnicas que se deben a la tradición de la escuela a que pertenece o a la imitación consciente de los modelos en que se inspiró. Este criterio late en todos los trabajos de Gómez-Moreno y es el mismo que mi maestro Ribera proclamó desde 1893 en sus estudios sobre la importancia de la imitación para la historia de la cultura, y que, más tarde, en 1897, sistematizó en forma ya de teoría científica, quince años, por cierto, antes de que la escuela histórico-cultural de Graebner, Ankermann y Schmidt, la cifrasen en sus dos famosos y ya hoy axiomáticos criterios que se llaman «de forma» y «de cantidad». Ciertas formas muy particularizadas o típicas del pensamiento, de la técnica industrial o artística..., no se reinventan dos veces; su repetición exacta, sobre todo cuando son muchas en número y coincidentes en una serie de pormenores muy singulares, no puede atribuirse a evento fortuito, sino que se debe a la imitación. Estas leyes que rigen la mecánica de los fenómenos culturales constituyen hoy el catecismo elemental del investigador en toda el área de la *Kulturgeschichte*, dándole las normas eurísticas para perseguir el rastro de las varias culturas humanas a través de los siglos, aunque falten documentos escritos, como ocurre forzosamente con los hechos prehistóricos y a menudo también con los históricos dentro de la historia de la arqueología y de las artes plásticas, a cuyo cultivo ha consagrado con preferencia su vida Gómez-Moreno.

Mas para la aplicación correcta y eficaz de estas normas criteriológicas, bien se advierte que no basta, aunque sea indispensable, la erudición especializada en una sola rama de la historia cultural, puesto que el criterio llamado «de cantidad» reclama acumular coincidencias de forma en otros dominios de la cultura, que acrezcan el valor demostrativo de las analogías ya comprobadas en el dominio estudiado. No se ha de confinar el especialista en el privado



claustro de su especialidad, sino mirar en torno y a lo lejos, para completar con el panorama telescópico la visión, hasta microscópica, de lo singular.

Y a fé que Gómez-Moreno ha dado muestras bien relevantes de esa noble ambición en sus estudios, avizorando extramuros de su campo propio los horizontes lejanos y próximos, en el tiempo y en el espacio, de la especialidad cultivada por él con más empeño y buscando en otras disciplinas auxiliares, en el cultivo de las lenguas clásicas y orientales, de la epigrafía, pictografía y prehistoria, luz adicional para la visión de conjunto en sus exploraciones arqueológicas. Tipo mental el suyo no dispar del de aquellos eruditos renacentistas, que ponían en el estudio de las antigüedades apetencias enciclopédicas, Gómez-Moreno con igual maestría sabe interpretar un documento, que dirigir científicamente una excavación, levantar un plano, descifrar un epígrafe, leer una moneda, fijar la época, la escuela y aun el autor de una obra de arte y penetrar en el secreto de las técnicas ya desaparecidas o exóticas, en pintura, cerámica, arquitectura, tejidos y esmaltes, precisando a la vez científica e históricamente el valor semántico de los vocablos que expresan colores y matices, estructuras y ornamentación de los monumentos. Aptitud esta última, que sin esfuerzo se comprende cuán útil habrá de ser para los trabajos lexicológicos de esta Real Academia, como lo ha sido su competencia multiforme para el eficaz desempeño de los cargos docentes y directivos que Gómez-Moreno ha desempeñado, o desempeña, a título de maestro, en la Universidad y en el Centro de Estudios Históricos; como experto organizador y conservador de museos, en el de la Academia de la Historia y en el del Instituto de Valencia de Don Juan, y en esfera más alta y comprensiva, como Director General de Bellas Artes.

La ambición universalista que inspira los trabajos del nuevo académico no estorba, sino que, antes bien, se conjuga felizmente con su empeño de hacer ciencia española, dentro del área de la arqueología y de la historia del arte. Ha venido a ser un tópico en nuestros días este de «hacer ciencia española», que Menéndez Pelayo defendió y practicó en el único sentido correcto que tiene la frase, pero con el cual se han interferido parásitamente otros sentidos, inspirados en motivos acientíficos y nada defendibles. No cabe, efectivamente, hacer ciencia típica o privativa de España, porque la ciencia es cosmopolita, internacional; todos los humanos han contribuído, más o menos, a la empresa de aumentar, poco a poco, el acervo común del saber, y, además, la ciencia no admite, en cuanto tal, estilos, modas características de un siglo o de un país; la verdad es una sola y la misma, a través del tiempo y del espacio, aunque varíen los métodos de investigarla y demostrarla. En cambio, sí cabe y hay que hacer ciencia española, en el sentido de reivindicar para España la gloria, oscurecida o negada injustamente, que a nuestros sabios y artistas de pasados siglos corresponde por sus descubrimientos, es decir, por las aportaciones con que acertaron a descórrer el velo de lo desconocido en la ciencia y en la técnica. En este sentido, la labor rehabilitadora atañe tan sólo a los historiadores. Pero, además, hay que hacer ciencia española, cultivando los especialistas las diferentes disciplinas del espíritu, para hacerlas progresar objetivamente con nuevos



adelantos, antes de que los investigadores extraños lo hagan por nosotros. Este sentido de noble emulación, ajeno a toda envidia o fanatismo patriotero y fuente la más pura de las legítimas glorias de España, es el que ha inspirado siempre los trabajos de nuestro nuevo compañero, que reúnen así la faceta hispánica a los caracteres universales de lo científico y de lo inédito. Sánchez Cantón puso ya de relieve, en ocasión semejante a la actual y con competencia de que yo carezco, el número e importancia de estas rehabilitaciones hispánicas demostradas por Gómez-Moreno y que afectan a la Edad del Cobre, al arte ibérico de esculturas y monedas, a la arquitectura y orfebrería visigóticas, al arte islámico cordobés y mozárabe, a los orígenes del románico, del gótico y del morisco. Muchos lamentaban que tantas y tan importantes contribuciones monográficas no tuviesen la difusión que merecían y perdiesen el vigor demostrativo que les podría dar la síntesis, si permanecían escondidas y dispersas en las páginas de revistas olvidadas; pero Gómez-Moreno atendió a uno y otro fin articulándolas en dos series de conferencias que sobre arte español dió en la Argentina y en Uruguay, durante el año 1922, invitado por instituciones culturales de ambos países. Y seis años después, no satisfecho aún con esta exposición orgánica de sus personales ideas acerca de la arqueología y del arte hispánicos, nos sorprendió con otra síntesis, más propicia a la divulgación, por estar despojada de las arideces de lo erudito y revestida con el atractivo ropaje de la literatura de ficción. Me refiero a su libro titulado *La novela de España* (1928) que no es propiamente una novela histórica del tipo de las de Walter Scot sobre la Edad media, o de las de J. H. Rosny sobre la prehistoria, sino más bien una evocación de la vida española, desde la oscura época del hombre primitivo hasta el siglo de Almanzor, reconstruyéndola con una viveza y fuerza evocadora, que los datos muertos de los monumentos no tienen, mediante viñetas o estampas literarias, concebidas al modo del *Viaje a Grecia del joven Anacarsis* o de la *Roma en el siglo de Augusto*, con que Barthélemy y Dezobry consiguieron resucitar la vida y costumbres de atenienses y romanos. Usando recursos parejos de erudición y arte, Gómez-Moreno revela en estas estampas hispánicas una fantasía inventiva no común en los eruditos, un verismo histórico difícil de conciliar con aquélla, y un tan hábil manejo de la lengua, que ni la corrección ni la claridad sufren menoscabo por la interferencia de giros vulgares personalísimos y de vocablos técnicos, o por el desenfado y llaneza con que el escritor rehuye el empaque y academicismo del estilo científico.

Estas mismas notas, soltura y agilidad en la expresión, desembarazo y franqueza de pensamiento, resaltan en todos sus escritos, incluso en aquellos que por lo solemne de la ocasión para que fueron redactados parecerían reclamar otro estilo de más alto coturno. Bien lo habréis advertido en su discurso de recepción que acabáis de escuchar, en el cual el arqueólogo ha bajado el diapason del especialista para acomodarlo al tono medio de la mentalidad de los profanos. El tema escogido—las lenguas hispánicas anteriores al castellano—y singularmente las escritas por iberos, tartesios, ligures, celtas y celtíberos,—denuncia bien la noble ambición, que en el nuevo académico hemos señalado, de cultivar a fondo el campo español, sin reparar en lo duro del



terruño que ha de roturar y en la penuria de herramientas eficaces a su alcance. Porque es empresa para poner temor en el ánimo más esforzado la de descifrar los alfabetos de las más antiguas monedas y monumentos hispánicos que durante cerca de dos siglos han atormentado la curiosidad de los arqueólogos españoles y extranjeros, desde que Velázquez publicó en 1752 su *Ensayo* de síntesis sobre el tema, aprovechando y discutiendo las hipótesis y primeros tanteos de Antonio Agustín, Lastanosa, Ustarroz, Dörmer, Huerta, Rodrigo Caro, Flórez y Aldrete. Los adelantos que en el campo de la lingüística y de la arqueología hispánica representan los trabajos de Humboldt, Heiss, Delgado y Hübner durante el siglo XIX, aunque permitieron alumbrar algo las sendas ya exploradas en las pasadas centurias, muy poca luz dieron, fuera de lo latino, para interpretar las peregrinas grafías de lo prerromano en función de una cualquiera de las lenguas vivas hoy conocidas. Gómez-Moreno, con la modestia y sinceridad del hombre de ciencia, reconoce el fracaso de las tentativas ensayadas con tal fin, a pesar de las aportaciones con que sus personales hallazgos de nuevas inscripciones ibéricas, como la del plomo de Alcoy, han ensanchado la base de la inducción científica: la filiación jónica, cretense o fenicia de los primitivos alfabetos hispánicos, aun después de descifrados y leídos fonéticamente, nada de cierto nos dice todavía acerca de la lengua o lenguas que transcriben y de su valor semántico por ende. Estamos pues aun en la etapa de las hipótesis sobre el habla o hablas de nuestros más antiguos antepasados, si bien la mayor abundancia de material epigráfico de que hoy se dispone, debido en gran parte a los trabajos de Gómez-Moreno, hace augurar mayores adelantos, en espera de que el feliz hallazgo de algún epígrafe bilingüe y extenso permita a un futuro Champollion español—¡quiera Dios que todavía pueda serlo el nuevo académico!—arrancar su secreto a la esfinge de estos enigmáticos alfabetos, más impenetrables, por cierto, que los jeroglíficos de la estela de Roseta.



